

Las gallinas

La marquesa de Monferrato con una invitación a comer gallinas y con unas discretas palabras reprime el loco amor del rey de Francia.

La historia contada por Dioneo hirió primero de alguna vergüenza el corazón de las damas que la escuchaban y dio de ello señal el honesto rubor que apareció en sus rostros; mas luego, mirándose unas a otras, pudiendo apenas contener la risa, la escucharon sonriendo. Y llegado el final, después de haberle reprendido con algunas dulces palabras, queriendo mostrar que historias semejantes no debían contarse delante de mujeres, la reina, vuelta hacia Fiameta (que junto a él estaba sentada en la hierba), le mandó que continuase el orden establecido, y ella galanamente y con alegre rostro, mirándola, comenzó:

–Tanto porque me complace que hayamos entrado a demostrar con las historias cuánta es la fuerza de las respuestas agudas y prontas, como porque tan gran cordura es en el hombre amar siempre a mujeres de linaje más alto que el suyo como es en las mujeres grandísima precaución saber guardarse de caer en el amor de un hombre de mayor posición que la suya, me ha venido al ánimo, hermosas señoras, mostraros, en la historia que me toca contar, cómo una noble dueña supo con palabras y obras guardarse de esto y evitar otras cosas.

Había el marqués de Monferrato, hombre de alto valor, gonfalonero de la Iglesia, pasado a ultramar en una expedición general hecha por los cristianos a mano armada; y hablándose de su valor en la corte de Felipe el Tuerto, que se preparaba a ir desde Francia en aquella misma expedición, fue dicho por un caballero que no había bajo las estrellas otra pareja semejante a la del marqués y su mujer: porque cuanto destacaba en todas las virtudes el marqués entre los caballeros, tanto era la mujer entre las demás mujeres hermosísima y valerosa. Las cuales palabras entraron de tal modo en el ánimo del rey de Francia que, sin haberla visto nunca, comenzó a amarla ardientemente, y se propuso no hacerse a la mar, en la expedición en que iba, sino en Génova para que, yendo por tierra, pudiese tener un motivo razonable para ir a ver a la marquesa, pensando que, no estando el marqués, podría suceder que viniese a tener efecto su deseo. Y según lo había pensado mandó que fuese puesto en ejecución; por lo que, enviando delante a todos los hombres, él con poca compañía y de hombres nobles, se puso en camino, y acercándose a la tierra del marqués, mandó decir a la señora con anticipación de un día que a la mañana siguiente le esperase a almorzar. La señora, sabia y precavida, repuso alegremente que aquél era un favor superior a cualquier otro y que fuese bien venido.

Y enseguida se puso a pensar qué querría decir que un tal rey, no estando su marido, viniese a visitarla; y no la engañó en esto la sospecha de que la fama de su hermosura lo atrajese. Pero no menos como mujer de pro se dispuso a honrarlo, y haciendo llamar a todos los hombres buenos que allí habían quedado, dio con su consejo las órdenes oportunas para todos los preparativos: pero la comida y los manjares quiso prepararlos ella misma. Y sin demora hizo reunir cuantas gallinas había en la comarca, y tan sólo con ellas indicó a sus cocineros que preparasen varios platos para el convite real. Vino, pues, el rey el día dicho y fue recibido por la señora con gran fiesta y honor; y a él, más de lo que había imaginado por las palabras del caballero, al mirarla le pareció hermosa y valerosa y cortés, y se maravilló grandemente y mucho la estimó, encendiéndose tanto más en su deseo cuanto más sobrepasaba la señora la estima que él había tenido de ella. Y luego de algún reposo tomado en cámaras adornadísimas con todo lo que es necesario para recibir a tal rey, venida la hora del almuerzo, el rey y la marquesa se sentaron a una mesa, y los demás según su condición fueron en otras mesas honrados. Aquí, siendo el rey servido sucesivamente con muchos platos y vinos óptimos y preciosos, y además de ello mirando de vez en cuando con deleite a la hermosísima marquesa, gran placer tenía. Pero llegando un plato tras el otro, comenzó el

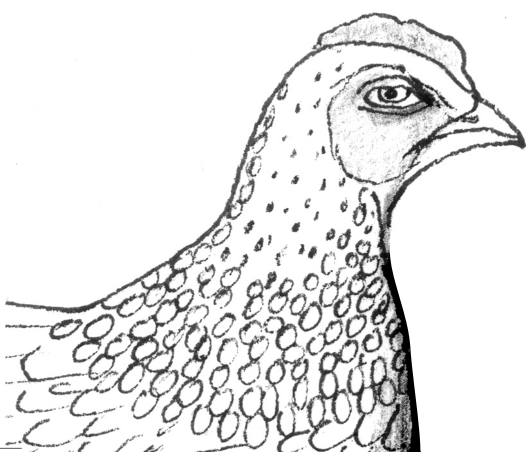
rey a maravillarse un tanto advirtiendo que, por muy diversos que fueran los guisos, no lo eran tanto que no fuesen todos hechos de gallina. Y como supiese el rey que el lugar donde estaba era tal que debía haber abundancia de variados animales salvajes, y que con haberle avisado de su venida había dado a la señora espacio suficiente para poder mandar a cazarlos, como mucho de esto se maravillase, no quiso tomar ocasión de hacerla hablar de otra cosa sino de sus gallinas; y con alegre rostro se volvió hacia ella y le dijo:

–Dama, ¿nacen en este país solamente gallinas sin ningún gallo?

La marquesa, que entendió óptimamente la pregunta, pareciéndole que según su deseo Nuestro Señor la había mandado momento oportuno para poder mostrar su intención, hacia el rey que le preguntaba resueltamente vuelta, repuso:

–No, monseñor; pero las mujeres, aunque en vestidos y en honores algo varíen de las otras, todas sin embargo son igual aquí que en cualquier parte.

El rey, oídas estas palabras, bien entendió la razón de la invitación a gallinas y la virtud que escondían aquellas palabras y comprendió que en vano se gastarían las palabras con tal mujer y que no era el caso de usar la fuerza; por lo que, así como imprudentemente se había encendido en su amor, así era sabio apagar por su honor el mal concebido fuego. Y sin bromear más, temeroso de sus respuestas, almorzó fuera de toda esperanza, y terminado el almuerzo, le pareció que con el pronto partir disimularía su deshonesta venida, y agradeciéndole por haberle honrado, encomendándolo ella a Dios, se fue a Génova. ♣



Ciento por uno

Con un dicho ingenioso, un buen hombre confunde la malvada hipocresía de los religiosos.

Emilia, que estaba sentada junto a Fiameta, habiendo sido ya alabado por todas el valor y la cortés reprensión hecha por la marquesa al rey de Francia, como agradó a su reina, comenzó a decir con animada franqueza:

–Yo tampoco callaré una lección que dio un buen hombre laico a un religioso avaro con una agudeza no menos divertida que digna de admiración.

Hubo, pues, queridos jóvenes, no hace mucho tiempo, en nuestra ciudad, un fraile menor, inquisidor de la depravación herética que, por mucho que se ingeniase en parecer santo y tierno amante de la fe cristiana (como todos hacen), no era menos buen investigador de quien tenía la bolsa llena que de quien sintiera tibieza en la fe. Y llevado por su solicitud encontró por acaso un buen hombre, bastante más rico en dineros que en juicio, el cual no ya por falta de fe sino hablando simplemente, tal vez con el vino o por la alegría de la abundancia calentado, había llegado a decir un día a la compañía con quien estaba que tenía un vino tan bueno que de él bebería Cristo. Lo que, siéndole contado al inquisidor y entendiendo éste que sus haberes eran grandes y que tenía bien abultada la bolsa, *cum gladiis et fustibus* corrió impetuosísimamente a echarle encima una gravísima acusación, entendiendo no que de ella debiese resultar un alivio a la incredulidad del procesado sino una afluencia de florines a su mano, como sucedió. Y, haciéndolo llamar, le preguntó si era verdad lo que le había dicho contra él. El buen hombre contestó que sí, y le dijo el modo. A lo que el inquisidor santísimo y devoto de San Juan Barba de Oro dijo:

–¿De modo que has hecho a Cristo bebedor y aficionado a los buenos vinos, como si fuese Cinciglione o algún otro de vosotros, bebedores borrachos y tabernarios, y ahora, hablando humildemente, ¿quieres hacer ver que es una cosa sin importancia? No es como te parece; has merecido el fuego por ello, si es que queremos comportarnos contigo como debemos.

Y con estas y con otras bastantes palabras, con rostro amenazador, como si aquél hubiese sido un epicúreo negando la eternidad del alma, le hablaba; y, en resumen, tanto lo asustó, que el buen hombre, por algunos intermediarios, le hizo con una buena cantidad de la grasa de San Juan Barba de Oro ungir las manos (lo que mucho mejora la enfermedad de la pestilente avaricia de los clérigos, y especialmente de los frailes menores que no osan tocar el dinero) para que se condujese con él misericordiosamente. La cual unción, aunque Galeno no habla de ella como muy eficaz en ninguna parte de sus libros, tanto le aprovechó, que el fuego que le amenazaba se permutó en una cruz: y como si hubiera de ir a la expedición de ultramar, para hacer una bella bandera, se la puso amarilla sobre lo negro. Y además de esto, recibidos ya los dineros, le retuvo junto a sí unos días más, poniéndole por penitencia que todas las mañanas oyese una misa en Santa Cruz y que a la hora de comer se presentase delante de él, y que lo restante del día podía hacer lo que más le gustase.

Y, haciendo el dicho hombre estas cosas diligentemente, sucedió que una de las mañanas oyó en misa un evangelio en el que se cantaban estas palabras: "Recibiréis ciento por uno y recibiréis la vida eterna", que retuvo firmemente en la memoria; y según la obligación impuesta, viniendo a la hora de comer ante el inquisidor, lo encontró almorzando. El inquisidor le preguntó si había oído misa aquella mañana y él, prontamente, le respondió:

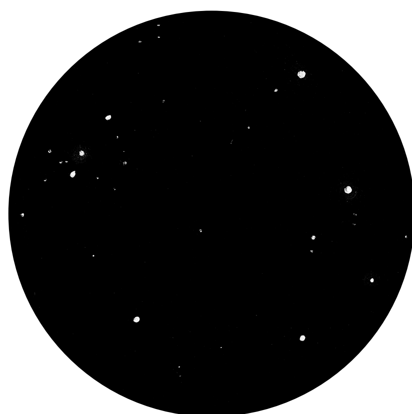
–Sí, señor mío.

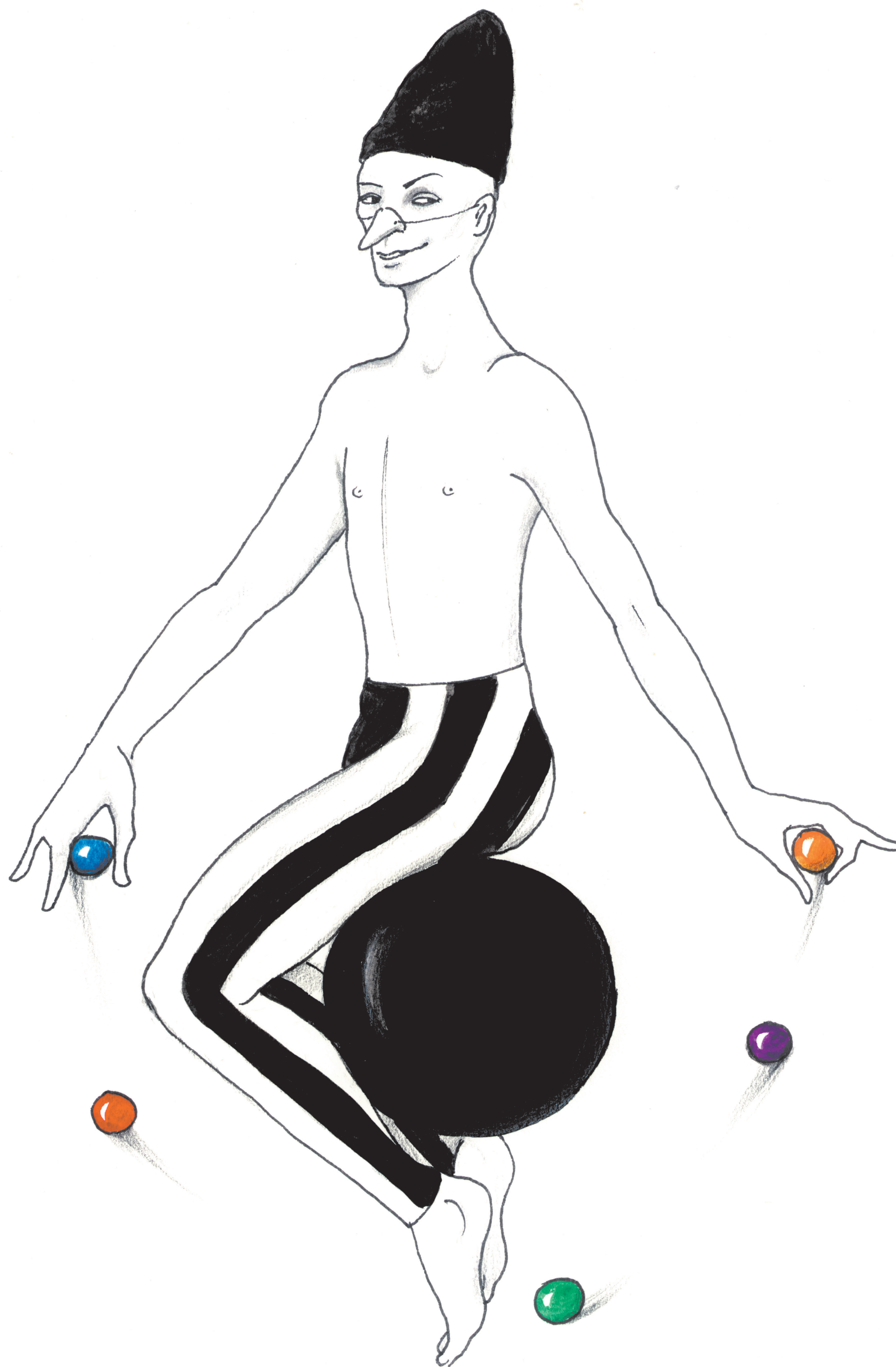
A lo que el inquisidor dijo:

–¿Has oído, en ella, alguna cosa de la que dudes o quieras preguntarme?

–En verdad –repuso el buen hombre– de nada de lo que he oído dudo, y todo firmemente lo creo verda-

dero; y algo he oído que me ha hecho y me hace tener de vos y de los otros frailes grandísima compasión, pensando en el mal estado en que vais a estar allá en la otra vida.
Dijo entonces el inquisidor:
–¿Y qué es lo que te ha movido a tener esta compasión de nosotros? El buen hombre respondió:
–Señor mío, fueron aquellas palabras del Evangelio que dicen: "Recibiréis el ciento por uno".
A lo que el inquisidor dijo:
–Así es; pero ¿por qué te han conmovido estas palabras?
–Señor mío –dijo el buen hombre–, yo os lo diré. Desde que vengo aquí, he visto todos los días dar aquí afuera a muchos pobres a veces uno y otras dos calderos de sopa, que se os quita a vos y a los frailes de vuestro convento como superflua; por lo que si por cada uno os van a dar ciento en el más allá tanta tendréis que allí dentro todos vais a ahogaros.
Y como todos los que estaban sentados a la mesa del inquisidor se echaran a reír, el inquisidor, sintiendo que se transparentaba la hipocresía de sus sopicaldos, se enojó todo, y si no fuese porque ya se le reprochaba lo que le había hecho, otra acusación le habría echado encima por lo que con aquel chiste había reprobado a él y a sus holgazanes invitados; y, con ira, le ordenó que hiciese lo que más le gustara sin ponérsele más delante. ♣





NOVELA SÉPTIMA

Bergamino

Bergamino, con una historia sobre Primasso y el abad de Cligny, reprende la rara avaricia en que cayó el señor Cane della Scala.

Movió la gracia de Emilia y su novela a la reina y a todos los demás a reír y encomiar la insólita amonestación hecha al cruzado, pero después de que las risas se apaciguaron y se tranquilizaron todos, Filostrato, a quien tocaba novelar, empezó a hablar así:

–Sencillo es, valerosas señoras, acertar en un blanco que nunca se mueve; pero raya en lo maravilloso cuando un arquero da súbitamente en alguna cosa no usada que aparece de pronto. La viciosa y sucia vida de los clérigos, en muchas cosas firme blanco de maldad, sin demasiada dificultad da que hablar, que amonestar y que reprender a quienquiera que desee hacerlo: y por ello, aunque bien hizo el hombre valiente que la hipócrita caridad de los frailes que dan a los pobres lo que convendría dar a los puercos o tirarlo, echó en cara al inquisidor, bastante más estimo que ha de alabarse aquel del cual debo hablar (llevándome a ello la precedente historia), quien al señor Cane della Scala, magnífico señor, de una súbita y desusada avaricia aparecida en él, reprendió con una ingeniosa historia, representando en otros lo que sobre él y sobre sí mismo quería decir; la cual es ésta:

Así como lo extiende su fama por todo el mundo, el señor Cane della Scala, a quien la fortuna ha sido tan favorable, fue uno de los más notables y magníficos señores del emperador Federico II de los que se tuviese noticia en Italia. El cual, habiendo dispuesto hacer una notable y maravillosa fiesta en Verona, a la que muchas gentes y de diversas partes habían venido, y sobre todo hombres de corte de toda clase, de pronto, fuese cual fuese la razón, se retrajo de ello y recompensó con algo a los que habían venido y les dio licencia. Sólo uno llamado Bergamino, hablador agudo y florido más de lo que puede creer quien no lo ha oído, como no se le había dado nada ni se le había despedido, se quedó, esperando que no sin alguna utilidad futura para él se había hecho aquello. Pero se le había puesto en el pensamiento al señor Cane que cualquier cosa que diese a éste era peor que perderla o que arrojarla al fuego: y no por ello le decía o hacía decir cosa alguna. Bergamino, después de algunos días, viendo que no lo llamaban ni para nada propio de su oficio, y además, que se estaba arruinando en el albergue con sus caballos y sus criados, empezó a desazonarse; pero sin embargo esperaba, no pareciéndole bien irse.

Y habiendo llevado consigo tres trajes buenos y ricos que le habían sido dados por otros señores, para comparecer honradamente en la fiesta, queriendo pagar a su huésped, primeramente le dio uno y luego, demorándose todavía mucho más, se vio en necesidad, si quería estar más con su huésped, de darle el segundo; y empezó a comer del tercero, dispuesto a quedarse a ver qué pasaba cuanto le durase aquél, e irse luego. Ahora, mientras comía del tercer traje sucedió que, estando almorzando el señor Cane, llegó un día ante él con aspecto muy entristecido; y al verlo más por escarnecerlo que por tomar deleite de algún dicho suyo, dijo:

–Bergamino, ¿qué te pasa? ¡Estás tan triste! Cuéntanos alguna cosa.

Bergamino, entonces, sin pararse un punto a pensar, como si lo hubiera estado pensando por mucho tiempo, súbitamente acomodándola a su caso, contó esta historia:

–Señor mío, debéis saber que Primasso fue un gran entendido en gramática, y fue, más que cualquier otro, grande e improvisado versificador; cosas que lo hicieron tan notable y tan famoso que, aunque en persona no fuese conocido en todas partes, por nombre y por fama no había casi nadie que no supiese quién era Primasso. Ahora bien, sucedió que encontrándose él una vez en París en pobre estado, como lo estaba la mayor parte del tiempo, porque su mérito poco era estimado por los que son poderosos, oyó hablar de un abad de Cligny, que se cree que sea el prelado más rico en riquezas propias que tenga la Iglesia de Dios, del papa para abajo; y oyó decir de él maravillosas y magníficas cosas de que siempre tenía reunida su corte y

nunca había negado, a cualquiera que anduviese allá donde él estaba ni de comer ni de beber, si llegaba a pedirlo cuando el abad estaba comiendo. Lo que, oyendo Primasso, como hombre que se complacía en ver a los hombres y señores valiosos, deliberó ir a ver la magnificencia de este abad y preguntó cuán cerca de París vivía. Se le respondió que a unas seis millas en una de sus posesiones; adonde Primasso pensó poder llegar, poniéndose en camino de mañana, a la hora de comer. Haciéndose, pues, enseñar el camino, no encontrando a nadie que fuese allí, temió que por desgracia pudiera extraviarse e ir a parar en parte donde no encontraría de comer tan pronto; por lo que, por si ello ocurriera, para no padecer penuria de comida, pensó en llevar tres panes, considerando que agua, que le gustaba poco, encontraría de beber en cualquier parte. Y metiéndoselos en el seno, tomó el camino y tuvo tanta suerte que antes de la hora de comer llegó a donde estaba el abad. Y, entrado dentro, estuvo mirando por todas partes y vista la gran multitud de las mesas puestas y el gran aparato de la cocina y las demás cosas preparadas para almorzar, se dijo a sí mismo: "Verdaderamente éste es tan magnífico como se dice". Y estando a todas estas cosas atento, el senescal del abad, porque era hora de comer mandó que se diese agua a las manos. Y, dada el agua, sentó a todos a la mesa. Y sucedió por ventura que Primasso fue puesto precisamente enfrente de la puerta de la cámara por donde el abad debía salir para venir al comedor. Era costumbre en aquella corte que sobre las mesas ni vino, ni pan, ni nada de comer o de beber se ponía nunca si primero no había venido el abad a sentarse a la mesa. Habiendo, pues, el senescal puesto las mesas, hizo decir al abad que, cuando le pluguiese, la comida estaba presta. El abad hizo abrir la cámara para venir a la sala, y al venir miró hacia adelante, y por ventura el primer hombre en quien puso los ojos fue Primasso, que bastante pobre estaba de arreos y a quien él no conocía en persona; y al verlo, incontinenti le vino al ánimo un pensamiento mezquino y que nunca había tenido, y se dijo: "¡Mira a quién doy a comer lo mío!".

Y, volviéndose dentro, mandó que cerrasen la cámara y preguntó a los que estaban con él si alguno de ellos conocía a aquel bellaco que frente a la puerta de su cámara se sentaba a la mesa. Todos contestaron que no. Primasso, que tenía ganas de comer como quien había caminado y no estaba acostumbrado a ayunar, habiendo ya esperado un rato y viendo que el abad no venía, se sacó del seno uno de los tres panes que había llevado y empezó a comérselo. El abad, después que pasó algún tanto, mandó a uno de sus familiares que mirase si se había ido este Primasso. El familiar respondió:

–No, mi señor, sino que come pan, lo que muestra que lo ha traído consigo.

Dijo entonces el abad:

–Pues que coma de lo suyo, si tiene, que del nuestro no comerá hoy. Habría querido el abad que Primasso se hubiese ido por sí mismo, porque despedirlo no le parecía bien. Primasso, como se había comido un pan y el abad no venía, empezó a comer el segundo, lo que igualmente fue dicho al abad, que había mandado mirar si se había ido. Por último, no viniendo el abad, Primasso, comido el segundo, empezó a comer el tercero, lo que también dijeron al abad. El cual empezó a pensar y a decirse: "Ah, ¿qué novedad es esta que me ha venido hoy al ánimo?, ¿qué avaricia?, ¿qué encono?, ¿y por causa de quién? Yo he dado de comer de lo mío, desde hace muchos años, a quien lo ha querido comer, sin mirar si gentilhombre o villano, pobre o rico, mercader o tendero, haya sido; y con mis ojos lo he visto despedazar a infinitos bellacos y nunca al ánimo me vino este pensamiento que por éste me ha venido hoy; no me debe de haber atacado tan firmemente la avaricia por un hombre de poco: algún gran personaje debe ser este que me parece bellaco, pues que así se me ha embotado el ánimo para honrarlo". Y, dicho así, quiso saber quién era: y vino a saber que era Primasso, que había venido aquí a ver lo que había oído de su magnificencia. Y como el abad le conocía por su fama hacía mucho tiempo como hombre sabio, se avergonzó y, deseoso de enmienda, de muchas maneras se ingenió en honrarlo. Y después de comer, como convenía al valor de Primasso, le hizo vestir noblemente, y dándole dineros y un palafrén, dejó a su arbitrio irse o quedarse; de lo que, contento Primasso, habiéndole dado las gracias mayores que pudo, a París, de donde había salido a pie, volvió a caballo. El señor Cane, que era buen entendedor, sin ninguna otra explicación entendió óptimamente lo que quería decir Bergamino, y sonriendo le dijo:

–Bergamino, finamente has mostrado tus agravios, tu virtud y mi avaricia y lo que de mí deseas; y en verdad nunca sino ahora contigo he sido asaltado por la avaricia, pero la arrojaré de mí con aquel bastón que tú mismo has inventado.

Y haciendo pagar al huésped de Bergamino, le hizo restituir los tres trajes, y a él, vestido nobilísimamente con un rico traje suyo, dándole dineros y un palafrén, dejó por aquella vez en libertad de quedarse o de irse. ♣

El avaro castigado

Guiglielmo Borsiere, con discretas palabras, reprende la avaricia del señor Herminio de los Grimaldi.

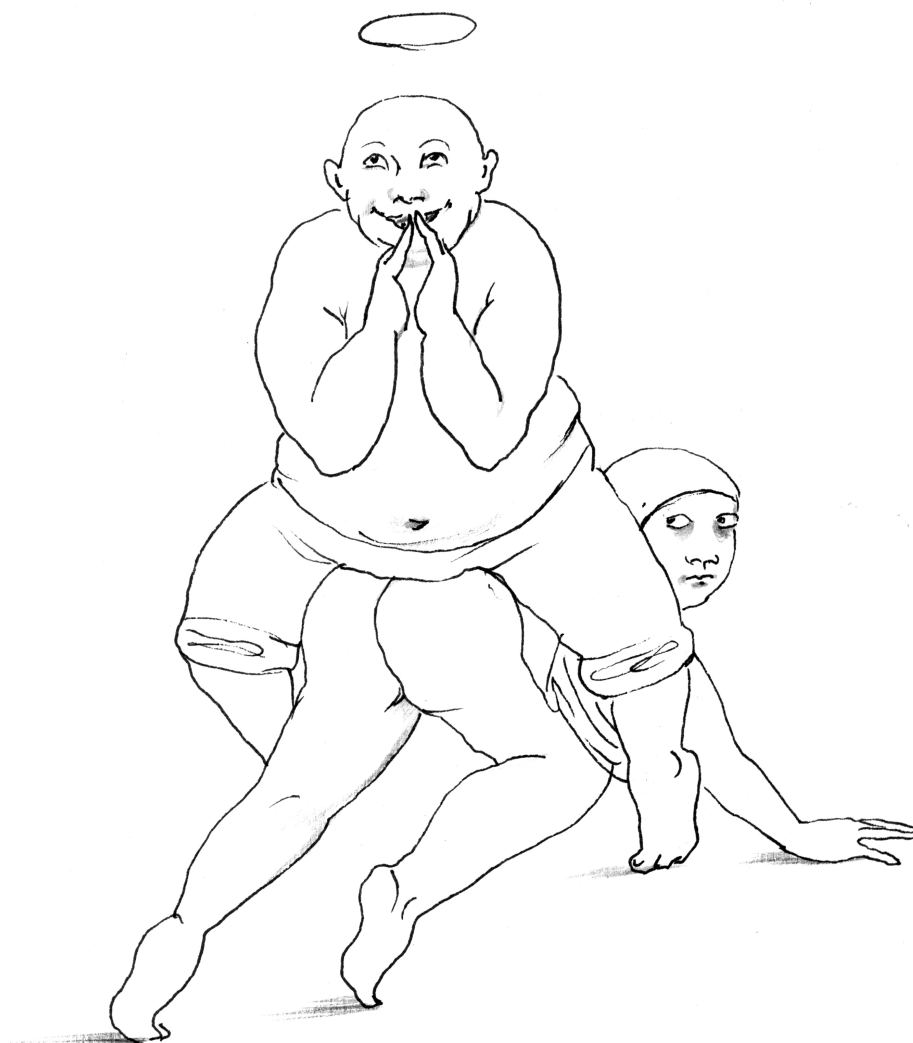
Se sentaba junto a Filostrato Laureta, la cual, después de que hubo oído alabar el ingenio de Bergamino y advirtiendo que le correspondía a ella contar alguna cosa, sin esperar ningún mandato, placenteramente empezó a hablar así:

–La novela precedente, queridas compañeras, me induce a contar cómo un hombre bueno, también cortesano y no sin fruto, reprendió la codicia de un mercader riquísimo; y ésta, aunque se asemeje al argumento de la pasada, no deberá por eso seros menos gustosa, pensando que va a acabar bien.

Hubo, pues, en Génova, ya hace mucho tiempo, un gentilhombre llamado señor Herminio de los Grimaldi que, según era estimado por todos, por sus grandísimas posesiones y dineros superaba con mucho la riqueza de cualquier otro ciudadano riquísimo de quien entonces se supiera en Italia; y tanto como superaba en riqueza a cualquier itálico que fuese, tanto en avaricia y miseria sobresalía sobre cualquier miserable y avaro que hubiese en el mundo: por lo que no solamente para honrar a otros tenía la bolsa cerrada, sino en las cosas necesarias a su propia persona, contra la costumbre general de los genoveses que acostumbran a vestir noblemente, mantenía él, por no gastar, privaciones grandísimas, y del mismo modo en el comer y el beber. Por lo que merecidamente su apellido de Grimaldi le había sido quitado y nadie le llamaba otra cosa que Herminio Avaricia. Sucedió que en este tiempo en que él, no gastando, multiplicaba lo suyo, llegó a Génova un valeroso hombre de corte, cortés y buen decidor, llamado Guiglielmo Borsiere, en nada semejante a los de hoy que, no sin gran vergüenza de las corruptas y vituperables costumbres de quienes quieren hoy ser llamados y reputados por nobles y por señores, parecen más bien asnos educados en la torpeza de toda la maldad de los hombres más viles que en las cortes. Y mientras en otros tiempos solía ser su ocupación y consagrarse su cuidado a concertar paces donde la guerra o las ofensas hubiesen nacido entre hombres nobles, o a concertar matrimonios, parentescos y amistad, y con palabras buenas y discretas recrear los ánimos de los fatigados y solazar las cortes, y con agrias reprensiones, como si fuesen padres, corregir los defectos de los malos, y todo esto por premios asaz ligeros; hoy en contar mal de unos a otros, en sembrar cizaña, en decir maldades e ignominias y, lo que es peor, en hacerlas en presencia de los hombres, en echarse en cara los males, las vergüenzas y las tristezas, verdaderas y no verdaderas, unos a otros, y con falsos halagos hacer volver los ánimos nobles a las cosas viles y malvadas, se ingenian en consumir su tiempo.

Y más es tenido en amor y más honrado y exaltado con premios altísimos por los señores miserables y descorteses aquel que más abominables palabras dice o acciones comete: gran vergüenza y digna de reprobación del mundo presente y prueba muy evidente de que las virtudes, volando de aquí abajo, nos han abandonado en las heces del vicio a los míseros vivientes. Pero, volviendo a lo que comenzado había, de lo que el justo enojo me ha apartado más de lo que pensaba, digo que el ya dicho Guiglielmo fue honrado y de buena gana recibido por todos los hombres nobles de Génova y que, habiéndose quedado algunos días en la ciudad y habiendo oído muchas cosas sobre la miseria y la avaricia del señor Herminio, lo quiso ver. El señor Herminio había ya oído que este Guiglielmo Borsiere era hombre honrado y habiendo aún en él, por avaro que fuese, alguna chispita de cortesía, con palabras asaz amistosas y con alegre gesto le recibió y entró con él en muchos y variados razonamientos, y conversando le llevó consigo, junto con otros genoveses que con él estaban, a una casa nueva suya que había mandado hacer muy hermosa; y después de habérsela mostrado toda, dijo:

–Ah, señor Guiglielmo, vos que habéis visto y oído tantas cosas, ¿me sabríais mostrar alguna cosa que



nunca haya sido vista, que yo pudiese mandar pintar en la sala de esta casa mía? A lo que Guiglielmo, oyendo su modo de hablar poco discreto, repuso:
–Señor, algo que nunca se haya visto no creeréis que yo pueda mostraros, si no son estornudos y otras cosas semejantes; pero si os place, bien os enseñaré una cosa que vos no creo que hayáis visto nunca. El señor Herminio dijo:
–Ah, os lo ruego, decidme cuál es –no esperando que él iba a contestarle lo que le contestó. A lo que Guiglielmo entonces contestó prestamente:
–Mandad pintar la Cortesía.

Al oír el señor Herminio estas palabras se sintió invadido por una vergüenza tan grande que tuvo fuerza para hacerle cambiar el ánimo a todo lo contrario de lo que hasta aquel momento había sido, y dijo:
–Señor Guiglielmo, la haré pintar de manera que nunca ni vos ni otro con razón podáis decirme que no la haya visto y conocido.
Y de entonces en adelante (con tal virtud fueron dichas las palabras de Guiglielmo) fue el más liberal y más generoso gentilhombre y el que honró a los forasteros y a los ciudadanos más que ningún otro que hubiera en Génova en su tiempo. ♣

El rey de Chipre

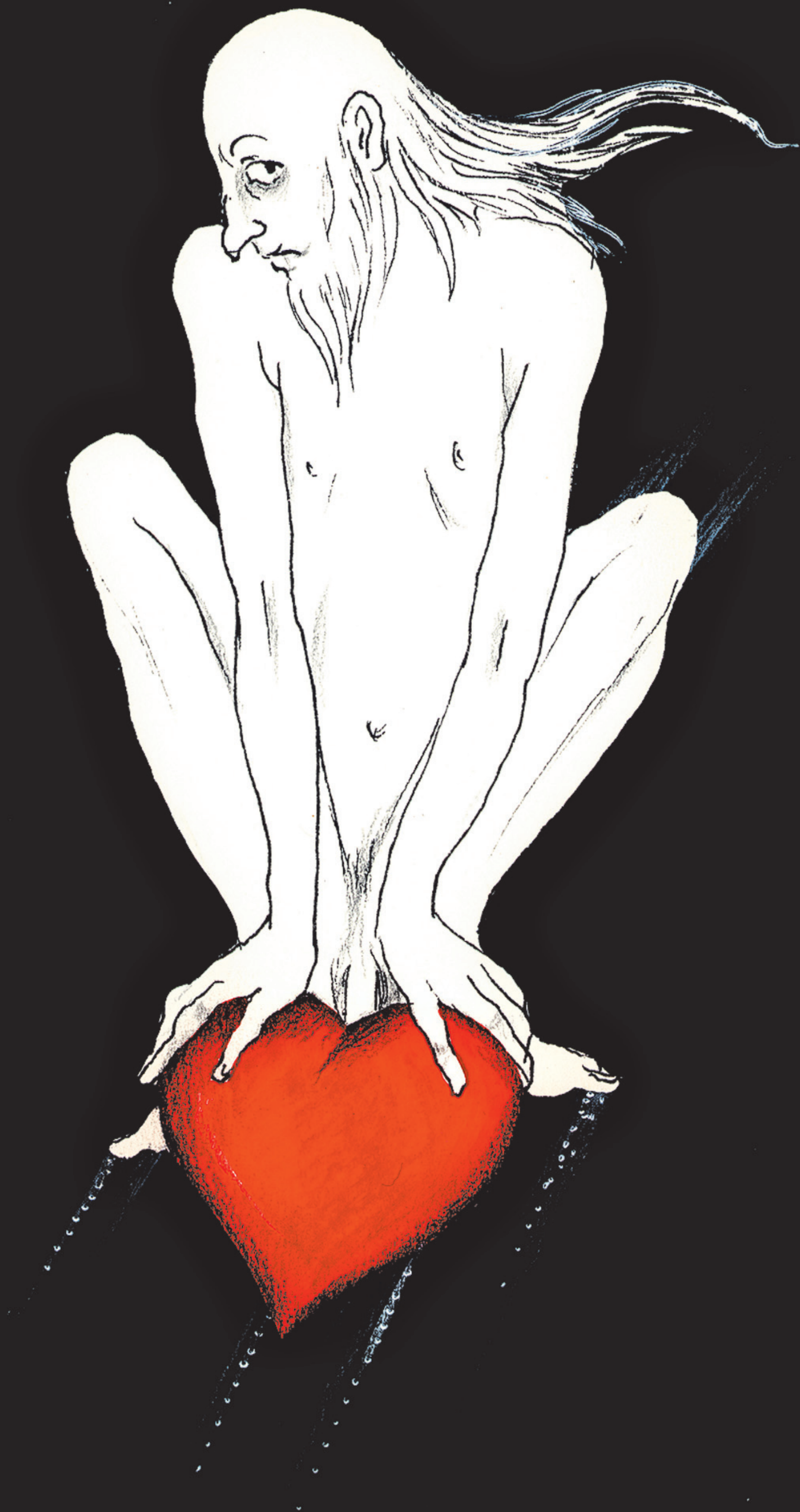
El rey de Chipre, reprendido por una dama de Gascuña, de cobarde se transforma en valeroso.

Para Elisa quedaba el último mandato de la reina; y ella, sin esperarlo, festivamente comenzó:

–Jóvenes señoras, ha sucedido muchas veces que aquello que varias reprensiones y muchos castigos impuestos a alguno no han podido enseñarle, unas palabras (muchas veces dichas por acaso), no a propósito, lo han logrado. Lo que bien aparece en la novela contada por Laureta, y yo, además, con otra muy breve entiendo demostraros porque, como sea que las cosas buenas siempre pueden servir de algo, deben seguirse con ánimo atento, sea quien sea quien las dice. Digo, pues, que en tiempos del primer rey de Chipre, después de la conquista de los Santos Lugares hecha por Godofredo de Bouillón, sucedió que una noble señora de Gascuña fue en peregrinación al Sepulcro, y volviendo de allí, llegada a Chipre, por algunos hombres criminales fue villanamente ultrajada; de lo que ella, doliéndose sin hallar consuelo, pensó ir a reclamar al rey; pero alguien le dijo que se cansaría en balde porque él era de una vida tan abúlica y tan apocada que, no es que no vengase con su justicia los ultrajes de otros, sino que soportaba infinitos a él hechos con vituperable vileza, mientras que quien sufría algún agravio lo desahogaba haciéndole alguna afrenta o vergüenza. Oyendo lo cual la dama, desesperando de la venganza, para tener algún consuelo en su dolor, se propuso reprender la miseria del dicho rey; y yéndose llorando ante él, dijo:

–Señor, no vengo a tu presencia porque espere venganza de la injuria que me ha sido hecha; sino que en satisfacción de ella te ruego que me enseñes cómo sufres las que entiendo te son hechas, para que, aprendiendo de ti, pueda soportar la mía pacientemente, la cual, sábelo Dios, de muy buena gana te daría puesto que eres tan buen portador de ellas.

El rey, que hasta entonces había sido lento y perezoso, como si se despertase de un sueño, empezando por la injuria hecha a aquella señora, que vengó duramente, se hizo severísimo de allí en adelante persecutor de cualquiera que cometiese alguna cosa contra el honor de su corona. ♣



NOVELA DÉCIMA

El viejo enamorado

El maestro Alberto de Bolonia hace discretamente avergonzar a una señora que quería avergonzarle a él por estar enamorado de ella.

Quedaba, al callarse Elisa, el último trabajo del novelar a la reina, la cual, con femenina gracia empezando a hablar, dijo:

–Nobles jóvenes, como en las claras noches son las estrellas adorno del cielo y en la primavera las flores de los verdes prados, así lo son las frases ingeniosas de las loables costumbres y las conversaciones placenteras; las cuales, porque son breves, convienen mucho más a las mujeres que a los hombres, porque más de las mujeres que de los hombres desdice el hablar mucho y largo (cuando pueda pasarse sin ello), a pesar de que hoy pocas o ninguna mujer puede que se entienda en agudezas o que, si las oyese, supiera contestarlas: y vergüenza general es para nosotras y para cuantas están vivas. Porque aquella virtud que estuvo en el ánimo de nuestras antepasadas, las modernas la han convertido en adornos del cuerpo, y la que se ve sobre las espaldas los paños más abigarrados y variegados y con más adornos, se cree que debe ser tenida en mucho más y mucho más que otras honrada, no pensando que si en lugar de sobre las espaldas sobre los lomos los llevase, un asno llevaría más que alguna de ellas: y no por ello habría que honrarle más que a un asno.

Me avergüenza decirlo porque no puedo nada decir de las demás que contra mí no diga: ésas tan aderezadas, tan pintadas, tan abigarradas, o como estatuas de mármol mudas e insensibles están o, así responden, si se les dirige la palabra, que mucho mejor fuera que se hubiesen callado; y nos hacen creer que de pureza de ánimo proceda el no saber conversar entre señoras y con los hombres corteses, y a su gazmoñería le han dado nombre de honestidad como si ninguna señora honesta hubiera sino aquella que con la camarera o con la lavandera o con su cocinera hable; porque si la naturaleza lo hubiera querido como ellas quieren hacerlo creer, de otra manera les hubiera limitado la charla. La verdad es que, como en las demás cosas, en ésta hay que mirar el tiempo y el modo y con quién se habla, porque a veces sucede que, creyendo alguna mujer o algún hombre con alguna frasécula aguda hacer sonrojar a otro, no habiendo bien medido sus fuerzas con las de quien sea, aquel rubor que sobre otro ha querido arrojar contra sí mismo lo ha sentido volverse.

Por lo cual, para que sepáis guardaros y para que no se os pueda aplicar a vosotras aquel proverbio que comúnmente se dice por todas partes de que las mujeres en todo cogen lo peor siempre, esta última novela de las de hoy, que me toca decir, quiero que os adiestre, para que así como en nobleza de ánimo estáis separadas de las demás, así también por la excelencia de las maneras separadas de las demás os mostréis. No han pasado todavía muchos años desde que en Bolonia hubo un grandísimo médico y de clara fama en todo el mundo, y tal vez vive todavía, cuyo nombre fue maestro Alberto; el cual, siendo ya viejo de cerca de setenta años, tanta fue la nobleza de su espíritu que, habiéndosele ya del cuerpo partido casi todo el calor natural, no se rehusó a recibir las amorosas llamas habiendo visto en una fiesta a una bellísima señora viuda llamada, según dicen algunos, doña Malgherida de los Ghisolieri; y agradándole sobremanera, no de otro modo que un jovencillo las recibió en su maduro pecho, hasta tal punto que no le parecía bien descansar de noche si el día anterior no hubiese visto el hermoso y delicado rostro de la bella señora. Y por ello, empezó a frecuentar, a pie o a caballo según lo que más a mano le venía, la calle donde estaba la casa de esta señora.

Por lo cual, ella y muchas otras señoras se apercibieron de la razón de su pasar y muchas veces hicieron bromas entre ellas al ver a un hombre tan viejo, de años y de juicio, enamorado, como si creyeran que esta pasión tan placentera del amor solamente en los necios ánimos de los jóvenes y no en otra parte entrase y permaneciese. Por lo que, continuando el pasar del maestro Alberto, sucedió que

un día de fiesta, estando esta señora con otras muchas señoras sentada delante de su puerta, y habiendo visto de lejos venir al maestro Alberto hacia ellas, todas con ella se propusieron recibirlo y honrarle y luego gastarle bromas por este su enamoramiento; y así lo hicieron.
Por lo que, levantándose todas e invitado él, lo condujeron a un fresco patio donde mandaron traer finísimos vinos y dulces; y al final, con palabras ingeniosas y corteses le preguntaron cómo podía ser aquello de estar él enamorado de esta hermosa señora sabiendo que era amada de muchos hermosos, nobles y corteses jóvenes.
El maestro, sintiéndose gentilmente embromado, puso alegre gesto y respondió:
–Señora, que yo ame no debe maravillar a ningún sabio, y especialmente a vos, porque os lo merecéis. Y aunque a los hombres viejos les haya quitado la naturaleza las fuerzas que se requieren para los ejercicios amorosos, no les ha quitado la buena voluntad ni el conocer lo que deba ser amado, sino que naturalmente lo conocen mejor porque tienen más conocimiento que los jóvenes. La esperanza que me mueve a amaros, yo viejo a vos amada de muchos jóvenes, es ésta: muchas veces he estado en sitios donde he visto a las mujeres merendando y comiendo altramuces y puerros; y aunque en los puerros nada es bueno, es menos malo y más agradable a la boca la cabeza, pero vosotras, generalmente guiadas por equivocado gusto, os quedáis con la cabeza en la mano y os coméis las hojas, que no sólo no valen nada sino que son de mal sabor. ¿Y qué sé yo, señora, si al elegir los amantes no hacéis lo mismo? Y si lo hicieseis, yo sería el que sería elegido por vos, y los otros despedidos.
La noble señora, junto con las otras, avergonzándose un tanto, dijo:
–Maestro, muy cortésmente nos habéis reprendido de nuestra presuntuosa empresa; con todo, vuestro amor me es caro, como de hombre sabio y de bien debe serlo, y por ello, salvaguardando mi honestidad, como a cosa vuestra mandadme todos vuestros gustos con confianza. El maestro, levantándose con sus compañeros, agradeció a la señora y despidiéndose de ella riendo y con fiesta, se fue. Así, la señora, no mirando de quién se chanceaba, creyendo vencer fue vencida; de lo que vosotras, si sois prudentes, óptimamente os guardaréis.
Ya estaba el sol inclinado hacia el ocaso y disminuido en gran parte el calor, cuando las narraciones de las jóvenes y de los jóvenes llegaron a su fin; por lo cual, su reina placenteramente dijo:
–Ahora ya, queridas compañeras, nada queda a mi gobierno durante la presente jornada sino daros una nueva reina que, en la venidera, según su juicio, su vida y la nuestra disponga para una honesta recreación, y mientras el día dure de aquí hasta la noche (porque quien no se toma algún tiempo por delante no parece que bien pueda prepararse para el porvenir) y para que aquello que la nueva reina delibere que sea oportuno para mañana pueda disponerse, a esta hora me parece que deben empezar las jornadas siguientes. Y por ello, en reverencia a Aquel por quien todas las cosas viven y es nuestro consuelo, en esta segunda jornada Filomena, joven discretísima, como reina guiará nuestro reino. Y dicho esto, poniéndose en pie y quitándose la guirnalda de laurel, con reverencia a ella se la puso, y ella primero y después todas las demás y semejantemente los jóvenes la saludaron como a reina, y a su señorío con complacencia se sometieron. Filomena, un tanto sonrojada de vergüenza, viéndose coronada en aquel reino y acordándose de las palabras poco antes dichas por Pampínea, para no parecer gazmoña, recobrada la osadía, primeramente confirmó los cargos dados por Pampínea y dispuso lo que para la mañana siguiente y para la futura cena debía hacerse y quedándose aquí donde estaban, empezó a hablar así:
–Carísimas compañeras, aunque Pampínea, por su cortesía más que por mi virtud, me haya hecho reina de todos vosotros, no me siento yo dispuesta a seguir solamente mi juicio sobre la forma de nuestro vivir, sino el vuestro junto con el mío, y para que lo que a mí me parece hacer sepáis, y por consiguiente añadir y disminuir podáis a vuestro gusto, con pocas palabras entiendo mostrároslo. Si hoy he reparado bien, los modos seguidos por Pampínea me parece que han sido todos igualmente loables y deleitosos; y por ello, hasta que, o por demasiada repetición o por otra razón, no nos causen tedio, no pienso cambiarlos. Habiendo ya, pues, comenzado las órdenes de lo que hayamos de hacer, levantándonos de aquí, nos iremos a pasear un rato, y cuando el sol esté poniéndose cenaremos con la fresca y, luego de algunas cancioncillas y otros entretenimientos, bien será que nos vayamos a dormir. Mañana, levantándonos con la fresca, semejantemente iremos a solazarnos a alguna parte como a cada uno le sea más agradable hacer, y como hoy hemos hecho, igual a la hora debida volveremos a comer; bailaremos, y cuando nos levantemos de la siesta, aquí donde hoy hemos estado volveremos a novelar, en lo que me parece haber gran-

dísimo placer y utilidad a un tiempo. Y lo que Pampínea no ha podido hacer, por haber sido ya tarde elegida para el gobierno, quiero comenzar a hacerlo, es decir, a restringir dentro de algunos límites aquello sobre lo cual debamos novelar y decíroslo anticipadamente para que cada uno tenga tiempo de poder pensar en alguna buena historia sobre el asunto propuesto para poderla contar; el cual, si os place, sea esta vez que, puesto que desde el principio del mundo los hombres han sido empujados por la fortuna a casos diversos, y lo serán hasta el fin, todos debemos contar algo sobre ello: sobre alguien que, perseguido por diversas contrariedades, haya llegado contra toda esperanza a buen fin. Las mujeres y los hombres, todos por igual, alabaron esta orden y aprobaron que se siguiese; solamente Dioneo, todos los otros habiendo callado ya, dijo:

–Señora mía, como todos éstos han dicho, también digo yo que es sumamente placentera y encomiable la orden por vos dada; pero como gracia especial os pido un don, que quiero que me sea confirmado mientras nuestra compañía dure, y es éste: que yo no sea obligado por esta ley de tener que contar una historia según un asunto propuesto si no quiero, sino sobre aquello que más me guste contarlo. Y para que nadie piense que quiero esta gracia como hombre que no tenga a mano historias, desde ahora me contentaré con ser él último que la cuente.

La reina, que lo conocía como hombre divertido y festivo, comprendió justamente que no lo pedía sino por poder a la compañía alegrar con alguna historia divertida si estuviesen cansados de tanta narración, y con consentimiento de los demás, alegremente le concedió la gracia; y levantándose todos, hacia un arroyo de agua clarísima que de un montecillo descendía a un valle sombreado con muchos árboles, entre piedras lisas y verdes hierbecillas, con despacioso paso se fueron. Allí descalzos y metiendo los brazos desnudos en el agua, empezaron a divertirse entre ellos de varias maneras. Y al acercarse la hora de la cena volvieron hacia la villa y cenaron con gusto; después de la cena, hechos traer los instrumentos, mandó la reina que se iniciase una danza, y conduciéndola Laureta, que Emilia cantase una canción, acompañada por el laúd de Dioneo. Por cuya orden, Laureta, prestamente, comenzó una danza y la dirigió, cantando Emilia amorosamente la siguiente canción:

Tanto me satisface mi hermosura
que en otro amor jamás
ni pensaré ni buscaré ternura.
En ella veo siempre en el espejo
el bien que satisface el intelecto
y ni accidente nuevo o pensar viejo
el bien me quitará que me es dilecto
pues ¿qué otro amable objeto
podré mirar jamás
que dé a mi corazón nueva ternura?
No se escapa este bien cuando deseo,
por sentir un consuelo, contemplarlo,
pues mi placer secunda, y mi recreo
de tan suave manera, que expresarlo
no podría, ni podría experimentarlo
ningún mortal jamás
que no hubiese abrasado tal ternura.
Y yo, que a cada instante más me enciendo,
cuanto más en él fijo la mirada,
toda me doy a él, toda me ofrendo
gustando ya de su promesa amada;
y tanto gozo espero a mi llegada
junto a él, que jamás
ha sentido aquí nadie tal ternura.

Terminada esta balada, que todos habían coreado alegremente, aunque a muchos les hiciese cavilar su letra, luego de algunas carolas, habiendo pasado ya una partecilla de la breve noche, plugo a la reina dar fin a la primera jornada, y mandando encender las antorchas, ordenó que todos se fuesen a descansar hasta la mañana siguiente; por lo que, cada uno, volviéndose a su cámara, así hizo. ♣